

bienes temporales segun la necesidad ó utilidad que de ellos saca ; y como el enfermo que está en las puertas de la eternidad , mira ó desprecia como inútiles todos los bienes temporales , no suele disponer justamente de ellos. El negocio casi mas importante que en el mundo ocurre al hombre , es el de disponer de todos sus bienes : y la decision de este gran negocio , de que suele depender una larguísima cadena de efectos buenos ó funestos , se dexa para el tiempo de la enfermedad , en que el hombre suele tener ofuscado el conocimiento con los dolores del cuerpo , y con las pasiones del ánimo. Nos lamentamos de los desórdenes gravísimos que cada día se experimentan ; y necesariamente deben resultar de una causa que las leyes permiten con infinito daño de la sociedad humana : lamentémonos de estas y de los legisladores , y corriamos sus defectos : no seremos sabios , si no sabemos lo que ellos ignoraron. Las buenas leyes debian determinar , que los hombres, en el primer año en que tomasen estado , ó se hallasen en circunstancias de poder hacer testamento , lo hiciesen habiendo implorado la asistencia del Altísimo con la oracion y ejercicios mas sagrados de la religion ; y que cada diez años debiesen renovarlo. De este modo los testamentos no darian motivo á tantos pleytos é injusticias ; y las leyes harian desaparecer la causa de innumerables desórdenes que inquietan el gobierno público , y siembran la cizaña de la discordia entre las familias privadas.

CAPÍTULO VI.

El hombre en la muerte.

El hombre en la muerte es el hombre en el terrible trance y último periodo de la vida , en que está para finalizar su peregrinacion entre los mortales , y en que se dispone para emprender el largo viage de la eternidad , desapareciendo de la vista de este mundo perecedero. Por tanto , la consideracion del hombre en la muerte nos convida á formar algunas reflexiones acerca de lo que le pasa en aquellos instantes que preceden inmediatamente á ella , y experimenta en el momento mismo de morir. De donde pasará á proponer á quiénes debe ó no debe ser temible la muerte. No por esto pretendo exáminar aquí menudamente todo lo que pasará en aquella hora por el espíritu del hombre. Las circunstancias de esta obra no permiten extenderse en un asunto tan vasto , que , si se hubiera de tratar difusamente , pedía libros enteros ; siendo cierto , que el pensamiento de la muerte , y la preparacion para ella , son una ciencia en que se debe emplear toda la vida , como nos advierte el Señor en su Evangelio. Aun los filósofos , movidos del impulso de la luz natural , conocieron esto mismo ; por lo qual dixo Séneca : (1) "Toda la vida del hombre ha de ser escuela para saber vivir ; y lo que es mas admirable , toda ella debe ser escuela para saber morir." Á todos pertenece , y con todos habla la doctrina de la muerte:

es-

(1) *De brevít. vitæ.*

esta obra , por ley fatal , inevitable y universal : y al aparecer á los hombres se les presenta dura é implacable : sorda para oír sus ruegos ; y ciega para no enternecerse con la vista infeliz de los afligidos.

ARTÍCULO I.

Descripcion de algunas circunstancias que suelen preceder á la muerte.

El hombre conoce que es mortal, y se engaña lisonjeándose ser inmortal. Vivis como mortales, decía Séneca (1), y deseais como si fuerais inmortales. De este fanatismo procede lo que experimentamos que acaece en los últimos instantes de la vida á grande parte de los hombres, los cuales llegan á la muerte con su entero conocimiento, y con todo eso mueren sin creerlo. Yo soy de sentir, que la mayor parte de los enfermos muere como si fuera repentina su muerte. Todo conspira á engañar al moribundo, los amigos, los parientes y los que los curan. Por no añadir mas afliccion á su afliccion, le representan su estado ménos peligroso de lo que es, y le dan á entender que aun saldrá de su enfermedad. El mismo moribundo va tambien de acuerdo con todos los que le engañan. ¿Qué hombre se ha visto morir, que por lo ménos no haya esperado vivir un dia mas? Oye su peligro: oye tal vez que está desauciado; y no obstante siempre se lisonjea de no morir en el dia en que está. Ved aquí un espíritu ilu-

(1) Séneca : *De brev. vita* , cap. 4.

iluso, que se engaña con la inmortalidad fingida de su cuerpo. Mas los hombres que, sin embargo de estar amenazados del golpe inevitable de la muerte, y de no estar seguros de un instante de vida, piensan tan engañosamente, son aquellos que viviéron siempre engañándose con el pensamiento erróneo de la inmortalidad. Todos conocen, y todos dicen que es inevitable el morir; pero los jóvenes se persuaden que esto solamente toca á la edad avanzada. Llegan á esta, y aun esperan vivir algo mas. ¿Qué viejo hay que no espere vivir (1) todavía un año? En saliendo de la rigurosa estacion del invierno, le parece que tiene un salvoconducto, con el que no se le puede atrever la muerte por un año. Acostumbrado á pensar de esta manera, y ayudado del impulso que da á su espíritu el amor á la vida, cree que no morirá tan presto, aun quando se halla entre las congojas y agonías de la muerte; ilusion verdaderamente digna de contarse entre las mayores miserias del hombre; el qual, aun estando entre las garras de la muerte, cree que no se puede desasir de las de la vida.

Pero aunque el moribundo con esta vana persuasión quiera poner en olvido la cercanía de la muerte, no le faltan recuerdos que se la pongan delante y le hagan experimentar quán próximo está su fin. Atormentado con el dolor de la enfermedad, ve que cada instante se halla mas postrado de fuerzas. No le obedecen los miembros; se le entorpecen los sentidos; y aun el alma casi no exerce ya sus funciones. La vista le representa espectros y fantasmas; el tacto anda bus-

(1) Ciceron : *De senectute* , §. 24 , n. 7 , dice con razon : *Nemo enim est tam senex , qui se annum non putet posse vivere.*

buscando donde exercitar sus sensaciones , y no halla ; y la boca , como incapaz de poder servir mas al gusto , se cierra , encaxándose los dientes unos con otros , como si fueran otros tantos cerrojos de hierro. Hierva el pecho , y el ronco estertor se hace oír á muchos pasos : se afila la nariz : se desencaxan los ojos ; y se pierde el color. Vienen aquellos síntomas , prenuncios inmediatos de la muerte ; los sudores frios , los deliquios , la dificultad de la respiracion , y la repetición acelerada de ella , interrumpida con frecuentes hipoes , con los que parece que á cada instante se quiere exhalar el alma. Se hielan los miembros del cuerpo de manera que por momentos se va quedando como un tronco frio. Si el moribundo tiene despejada la razon , puede conocer ántes de morir como poco á poco va muriendo ; y como , por decirlo así , se va retirando el alma ya de un miembro y ya de otro , hasta que no le queda parte alguna donde estar , y entónces desampara todo el cuerpo , dexándole feo y espantoso cadáver.

No llega comunmente á suceder este trance sin haber precedido ántes algunas angustias , las quales se sienten mas , quanto mas se va acercando el hombre al fin de la vida. Es cierto que faltando con la enfermedad las fuerzas , y entorpeciéndose lentamente los sentidos , parecia que quanto mas aumento tomase el mal , y quanto mas adelante fuese , habian de ser menores las angustias ; porque la naturaleza va cada vez quedando ménos capaz de sentir la violencia de los dolores ; pero no sucede así ; ántes bien nos enseña la experiencia , que las congojas al morir son mas terribles y violentas. La causa de esto no puede ser otra sino que los últimos asaltos de la enfermedad son tan fuertes , que pueden hacerse sentir muy bien

de la naturaleza ya postrada , y casi muerta. Quando las fuerzas del cuerpo van decayendo al mismo paso que el dolor se va aumentando , si este llega á ser insufrible , el cuerpo dexa de sentir ; ó porque el dolor le priva de sentido ; ó porque , desconcertada la economía vital , le desampara el espíritu : y de aquí proviene que algunos enfermos queden insensibles como leños , y que en esta insensibilidad pasen de esta vida á la otra. Por lo qual , las agonías de la muerte son dolorosas hasta que crece tanto la grandeza del dolor , que causa la muerte , ó está ya para causarla. Así se ve , que los moribundos que han padecido ántes grandes congojas y mucho desasosiego , se sosiegan al dar las últimas boqueadas , haciendo apenas algunos pequeños gestos con la boca.

En algunos enfermos no se deben atribuir solamente las agonías que padecen , á la vehemencia de los dolores , y sentimiento del cuerpo , sino tambien , y principalmente , al decaimiento y mala disposicion de su espíritu. Prueba de esto es lo que universalmente se experimenta en la muerte de aquellas personas que han tenido una vida christiana. Mueren estas con toda especie de enfermedades , como los demas hombres ; y no obstante se las ve llegar al último trance con tal quietud exterior , como si sus cuerpos fueran insensibles. ¿ Podremos decir que la buena conciencia al morir tiene influxo para mitigar ó librar de la violencia de los dolores ? Sin duda que no ; pero bien podemos asegurar que la mala conciencia es bastante poderosa para poner al enfermo en tal aflicción , que se vea combatido de terribles angustias , aumentándole aun el mal físico que padece. Por lo contrario la buena conciencia , no agitada de pasión alguna , ántes bien reposando en dulce calma , mitiga el mal , ó hace ménos sensibles sus efectos : su principal in-

fluxo consiste en los efectos del espíritu, que exercitado en la virtud de la paciencia, y conforme con la voluntad divina, recibe con la divina gracia tanto esfuerzo, que le hace poderoso y superior á todos los males del cuerpo; á la manera que leemos de los santos Mártires, que sin dexar de experimentar los efectos del fuego, uñas de hierro, potros, y otros tormentos, perseveraban alegres, y con fortaleza superior á todo lo humano, casi insensibles al estrago que en sus miembros hacian el furor y la rabia de sus atormentadores.

No son tan inseparables las agonías de toda enfermedad mortal, que no mueran muchos enfermos sin experimentarlas. Apénas hay género de enfermedad en que no mueran algunos sin tener agonías sensibles: y hay algunas enfermedades, como la tisis, hidropesía, &c. en las que los enfermos suelen morir plácidamente. Es digna de observarse la muerte de los que mueren con estos males. Su cuerpo va muriendo casi insensiblemente y por grados; y quanto mas este se debilita, parece que el espíritu se hace mas fuerte y vigoroso, sin participar efecto alguno de la mortalidad del cuerpo. El enfermo experimenta sensiblemente como va muriendo su cuerpo: él mismo se ve morir, y discurre con los otros de su muerte, como de una cosa que ya ha empezado á experimentar: espira impensadamente en medio de la conversacion, y dexa burlada la atencion de los presentes, que creian mas duradera la vida de quien mantenia tan vigoroso el espíritu. Estos casos nos hacen ver, como de bulto, la diferencia entre lo caduco del cuerpo que muere, y lo inmortal del espíritu vivo en la misma muerte del cuerpo.

ARTÍCULO II.

Del temor de la muerte.

El hombre en la muerte es el hombre en la enfermedad del cuerpo, y en la pasion del espíritu; y á esta pertenece el temor de la muerte, que es la separacion ó el abandono que el mismo espíritu hace del cuerpo. Quien sabe lo que es muerte, no puede ménos que temerla: las bestias que no saben lo que es morir, no temen la muerte; mas por naturaleza la rehusan. Algunos filósofos han tratado (1) de la muerte como de objeto no solamente no temible, sino despreciable. Convendré con ellos, en que la muerte se deba racionalmente despreciar, siempre que se trata de interes superior al bien de que priva; y con ellos iré de acuerdo en que la vida corporal se ponga á la virtud, y á la vida del espíritu: mas quando se prescindia de esta relacion, me parece que la filosofía, con todas sus especulaciones, no llegará á persuadir que no sea temible, y mucho ménos que sea despreciable la muerte, con que se pierden la vida, el mayor bien temporal, la basa y fundamento de todos los demas bienes temporales de que es capaz el hombre en este mundo. En vano la filosofía mundana pretende pintar aéreo ó fantástico el temor de la muerte, que es efecto de la naturaleza quando falta la razon. ¡Ah! los filósofos, estando sanos, escribiéron del temor de la muerte; ¡mas quién en

(1) Ciceron: *Tuscul. quest. lib. 1*; y en otros tratados filosóficos. Séneca en el tratado *de brevitare vite: de consolatione*, cap. 19, 20, y en la epístola 30.

su mayor sanidad formó verdadera idea de lo que es morir? Escribiéron abandonándose á las ideas del espíritu, el qual, sintiendo en sí la inmortalidad, piensa sobre la muerte del cuerpo como sobre un mal que no le toca ó no puede herir su inmortalidad. La muerte es un mal que, sin conocerle, le rehusa la naturaleza irracional; ¿quánto mas le rehusará la naturaleza racional que le conoce? "Si los animales, dice San Agustin (1), criados para morir, huyen de la muerte; y aman la vida, ¿quánto mas huirá de la muerte el hombre criado para vivir siempre, si hubiera vivido sin pecado?"

Combinemos el pensar del espíritu (2) con la resistencia de la naturaleza á la muerte; y digamos, que si la naturaleza resiste á morir, la razon, que conoce necesaria la muerte, dicta que el hombre no debe mirarla con tanto horror, que su memoria le haga tener vida siempre inquieta. Motivos grandes hay para esta persuasión; unos son naturales, y otros sobrenaturales: discurriré brevemente de todos ellos.

§. I.

(1) San Agustin: *Sermo 172 (alias 32) de verbis apostoli Pauli* (I. Thes. 4, 12) n. 1, col. 575, de la edicion antuerpiense del año de 1700.

(2) Juan Robeck escribió la obra *Exercitatio philosophica de morte voluntaria philosophorum, et bonorum virorum, etiam judeæorum, et christianorum. Rintelii, 1764*; á la que Juan Funcio puso notas ménos malas que la obra.

§. I.

Propónense algunos motivos naturales para conformarse con la muerte.

La muerte se pinta como un objeto cuya memoria suele afligir, y cuya presencia suele aterrar hasta los espíritus mas fuertes de este mundo. No se puede negar que la memoria de la muerte, y mucho mas su presencia, excitan comunmente el terror humano; mas esto en gran parte suele provenir de la inconsideracion de los hombres; porque quando estos con la luz de la razon y de la fe se hacen superiores á lo material y visible, descubren desde luego muchos motivos naturales para conformarse con la muerte, pasando con fortaleza su amarga hora; y muchos sobrenaturales para que la amargura de la muerte del cuerpo se convierta en dulzura del espíritu. Para proponer con claridad y distincion unos y otros motivos, empiezo por los naturales, que conducen á conformarse con la presencia de la muerte.

El hombre, conociendo su mortalidad, conoce que esta es la verdadera enfermedad que le conduce á la muerte, y á los umbrales de la eternidad. La naturaleza humana es siempre mortal; por tanto siempre, ya en su primer obrar, ó ya en su estado de perfeccion, está vecina á la muerte: ó se podrá decir, que la naturaleza por ser mortal debe ella misma con su obrar uniforme destruir la misma máquina que habia formado. Los miembros del hombre, habiendo adquirido en la vejez demasiada dureza y solidez, empiezan á entorpecerse; y como la resistencia de todo quanto compone el cuerpo humano es limitadísima, con el sumo entorpecimiento se llegan

á

á impedir por último todo curso, y movimiento de humores; esto es, se llega á perder naturalmente la vida sin necesidad de que preceda enfermedad alguna; y este es el efecto necesario de la mortalidad que el hombre debe conocer en sí mismo.

Mas ántes de llegar á la muerte, puede el hombre preveerla seriamente si se atiende al curso de su vida. El hombre en la juventud ve que para él murieron ya la infancia, niñez y pubertad: en la virilidad experimenta que desapareció su juventud; y en la vejez ve casi muerta toda su vida; porque, como bien dice Séneca (1), toda la edad pasada es muerte; y así con razon puede decir el hombre, cada dia muero. Siendo la vejez lo último de la vida, por necesidad se le ha de seguir la muerte. Con razon pues se llama la vejez enfermedad propia de la naturaleza en que la mortalidad es un efecto necesario de su obrar. Podrá la naturaleza caminar en unos hombres mas lentamente que en otros: mas al fin de pocos años, en todos ha de causar el mismo efecto, porque todos son mortales. El hombre debe morir, no porque esté enfermo, sino porque tiene vida mortal. Por tanto, el hombre enfermo no decaiga de ánimo por el temor de la muerte; porque si es mortal su enfermedad, no es otra la causa que una vejez de la naturaleza. Si le asalta un mal grave en su juventud, persuádase que este es su vejez que le ha venido ántes del tiempo en que la esperaba; porque, así como la vejez es enfermedad mortal del hombre, así la enfermedad mortal, venga en la edad que se quiera, es su vejez, puesto que tanto aquella como esta no son otra cosa que paso para la muerte. No se aflige el

(1) *Epist. 1, ad Lucilium.*

hombre para pasar de la juventud á la virilidad, ni de esta á la vejez. ¿Pues por qué se ha de acongojar por pasar de la vejez á la muerte? ¿Querrá mantenerse siempre en una edad sin pasar á otra? Este es un querer irracional contra las leyes establecidas por la naturaleza. Poquísimo conocimiento debieron tener de esta los que temerariamente pretendieron hallar remedios para inmortalizar el cuerpo perecedero. No hay arte alguno que alcance á hacer eterno lo temporal. El cuerpo que encarcela nuestro espíritu, es vaso frágil de tierra, y todo lo que es de tierra (1), se ha de convertir en tierra que era. Aunque no hubiera otras causas de la separacion del alma y el cuerpo, el mismo cuerpo, deshaciéndose en polvo, daría libertad para que volase el alma, y saliese de su prision.

Si el hombre fuera como las bestias, que ignorase su inmortalidad, y no esperase otra vida de que gozar, no seria tan grande maravilla que se acongojase con la memoria de la muerte; porque al fin no tendría otra felicidad que esperar sino la de esta vida. Mas si se conoce á sí mismo, hallará que siendo mortal en el cuerpo, é inmortal en el espíritu, tiene grandes motivos para consolarse en la muerte. Si perece lo que de suyo es perecedero, queda vivo lo que es eterno, y va á gozar de los bienes, para cuya posesion entró en este mundo. Prescindo ahora de los premios ó castigos eternos que se merecen las buenas ó malas obras; y hablando precisamente de las funciones naturales del espíritu, discurro así. El cuerpo mortal es incapaz de conocer y amar. Estos nobilísimos actos tocan propiamente al alma espiritual; y por consiguiente, quanto mas libre quede es-

ta

(1) *Eccli. 40, 11, y 41, 13.*

ta de toda materia, estará mas apta para exercitarlos. En efecto, la materialidad del cuerpo en esta vida hace que el espíritu exerza sus funciones con grande limitacion, y que siempre tengan algunos resabios de la materia. Ahora pues, si el espíritu es el que conoce y ama; si sabe que, separado del cuerpo, conocerá y amará con mas extension y perfeccion; si se cree que quanto mas perfectos serán sus actos, se hallará en un estado de perfeccion mas noble, y mas espiritualizado; ¿por qué ha de rehusar la muerte, que es el medio por donde ha de llegar á gozar de toda la esfera de su espiritualidad? Verdaderamente que, si el hombre se alegra de ser hombre, no debe temer la muerte, que le abre la puerta para entrar en aquella region en que eternamente ejercerá los actos característicos y mas nobles de su espiritualidad.

No sé por qué, siendo poco ménos antigua la época de la muerte que la de la vida de los hombres, no se han acostumbrado todavía estos á perder el horror que generalmente se la tiene. Que se acongojasen nuestros primeros padres al oír de la boca del Señor la sentencia de muerte, no es de maravillar; pues era cosa nueva para ellos, y pena de su delito. Con esta condicion ¡oh hombre! entraste en el mundo: veniste á peregrinar, y no á permanecer en él; no eres el primero que muere, ni serás el último que morirá: no hay, ni hubo, ni habrá hombre alguno á quien le envidies el no morir; porque la muerte no perdona á ninguno. ¿Pues por qué se ha de perder el ánimo por haber de pasar por donde tantos han pasado? Lo que es necesario á todos, no hace miserable á ninguno; irracionalmente se teme lo que no se puede evitar; y en donde reyna la necesidad, no tiene lugar el temor racional.

Si es cosa razonable el conformarse con la muerte por ser un efecto inevitable de la naturaleza, ¿quánto mas lo será por las muchas y grandes miserias á que da fin glorioso la misma muerte? ¿Qué ventajas sacaria el hombre de hacer inseparables por millares de años su espíritu y cuerpo? ¿Qué felicidad se podrá prometer de esta inseparabilidad hasta el fin del mundo? Al principio estaria alegre con el pensamiento de tan larga duracion de vida; mas á pocos siglos, y aun años, ¿quántas mudanzas tendria su contento? ¿quántas veces se convertiria en afliccion? Quien viviese hasta el fin del mundo, veria en la sucesion de los tiempos, allanarse las cumbres hermosas que le divertian; alargarse las llanuras por donde ántes paseaba; pasar á ser morada de los peces, lo que era habitacion deliciosa de los hombres; arruinarse las ciudades mas pobladas; y mudar de figura, no una vez sola, toda la superficie de la tierra. Experimentaria incendios, terremotos, injurias de los tiempos, pestes, hambres, guerras, asechanzas de los amigos, incursiones de los enemigos, traiciones de los paisanos, y esclavitud en poder de los bárbaros. Le faltarian el padre, la madre, la consorte, los hijos, los parientes y los amigos. Sucederian otras y otras nuevas generaciones que le desconocerian, y le tratarian como extraño. Pasaria de un pueblo culto á otro bárbaro; veria su propio pais pasar de la cultura á la barbarie, y estar obligado á huir de la compañía de sus paisanos, ó á vivir entre ellos como entre otros tantos salvages ó enemigos. A estos y otros mayores infortunios estaria expuesto el que viviese vida tan larga; porque todos ellos suceden en el espacio de algunos siglos. Si al leer las historias de los siglos pasados, se angustia el corazon observando las grandes y repetidas miserias que han sucedido en el mundo,

no obstante que no ha quedado monumento de la mayor parte de ellas, y que son cosas que no nos tocan á nosotros, ¿qué dolores y qué angustias hubiera sufrido aquel hombre que las hubiera visto todas, por todas hubiera pasado, y todas las hubiera experimentado? ¡Oh engaño de los hombres que, deseanddo larga vida, desean un largo padecer!

Si Adan hubiera logrado la gracia de vivir hasta el fin del mundo, ¿sería envidiable por su larga vida? ¿sería mas feliz que los demas hombres? Antes bien sería el mas miserable de todos; porque, ¿quál sería su afliccion al ver y experimentar la malicia de aquellos sus primeros descendientes, que por sus maldades se merecieron el terrible castigo del diluvio universal en que quedó miserablemente ahogada casi toda su posteridad? ¿Quál sería su nuevo dolor al ver inmediatamente despues del diluvio, que se dividia en facciones toda su descendencia; que se formaban exércitos de unos contra otros, teniendo por honor el quitarse la vida con el furor y rabia de fieras, y por costumbre el comerse mútuamente; que unos se retiraban á las selvas para hacer vida de bestias, y que otros se mantenian en poblado idolatrando en el vicio y en las criaturas como desprecio de su supremo Hacedor? ¿Qué desconuelo no sería para un padre, si logrando tener grande sucesion de hijos, viese á unos matarse como bestias, y comerse mútuamente sus carnes; á otros ser infamados por viciosos, y á otros ser castigados con la muerte por enemigos del género humano? Todo esto veria Adan, y otro qualquier hombre á quien se le concediese vida tan larga como hemos dicho. No es pues esta tan estimable como se la pintan los hombres; ántes bien la felicidad aparente del mucho vivir es infinitamente mas temible que la miseria verdadera que siempre le acompaña.

Mas

Mas aunque al hombre se concediera vivir hasta el fin del mundo, siendo mortal, debia morir en algun tiempo, y tocarle la suerte comun de los demas. Por tanto, habiendo sido miserable por millares de siglos, vendria últimamente á experimentar la suerte del que vivió solamente una hora. Si un Job, no habiéndose visto en tantas miserias, y habiendo tenido una vida breve, llegó á verse tan aquejado de sus desgracias, que clamó al Altísimo diciendo: (1) «¿Por qué me hiciste la gracia de que naciese! ¡Ojalá hubiera pasado del seno materno al túmulo sin dar tiempo á que me viesen los hombres!»: si Elias, aquel hombre de Dios, todo fuego y espíritu, viéndose perseguido y fugitivo por la amenaza de la impia Jezabel, se vió tan apurado, que pidió la muerte diciendo: (2) «Basta, Señor, quitadme la vida»: ¿con cuánta mayor razon podria decir esto mismo aquel miserable hombre, que habiendo vivido millares de años entre las mayores miserias, debia últimamente morir, como el que, apénas nacido, espira sin haber experimentado las amarguras de la vida? ¿Y se tendria por infeliz este hombre, porque despues de tanto tiempo le venia la muerte? Yo creo que se tendria por infelicísimo, por haber tardado tanto en venir á dar fin á sus miserias. La vida del hombre es una continua milicia: es una prueba: es una tentacion, cuyo vencimiento dispone para el premio. ¿Pues por qué ha de llevar á mal el hombre que se acaben esta prueba, esta tentacion, y este continuo combate?

¿Pero qué me canso en inventar casos y suposiciones de vidas tan largas como las que acabo de supo-

(1) Job 10, 18.

(2) 3 Reg. 19, 4.

poner? Para perder el horror á la muerte basta considerar lo que qualquier hombre padece interior y exteriormente en los pocos dias que vive. La vida humana, por corta que sea, es un continuo exercicio de incomodidades corporales, y de aflicciones espirituales. ¿Qué sitio hay, ni qué dia pasa en que no sean comunes entre los hombres el hambre, la sed, el cansancio, la fatiga y el dolor? "¡Oh! si pudiésemos, dice San Gerónimo (1), subirnos á alguna atalaya tan alta, que desde ella viesemos toda la tierra de baxo de nuestros pies: desde allí viéramos las miserias de este valle de lágrimas. Veriamos, como á unos atormentan, á otros matan: unos se ahogan: otros son llevados cautivos: aquí veriamos bodas: allí llantos: aquí nacer unos: allí morir otros: unos abundar en riquezas: otros mendigar; veriamos en fin, el soberbio linage humano luchando con todo mal, y desaparecer en un soplo." Si de estas miserias del cuerpo pasamos á las del espíritu, ¿qué hora, pregunto, se cuenta en la brevísima vida del hombre, en que no sea combatido de pesar, ira, tristeza, desesperacion, ó algun otro afecto interior? "¿No es el vivir un yugo pesado (2) que nos oprime á todos los hijos de Adán desde el nacimiento hasta la sepultura, nuestra comun madre?" ¿No es la ocupacion de todos los hombres el combate y la lucha continua de los afectos y pasiones del ánimo? Congojas, esperanzas, desconfianzas, zelos y temores de la muerte rodean y oprimen todo corazon: ninguno está exceptuado: en todos tiempos, en todos los lu-

(1) Véase el V. P. Fr. Luis de Granada, primera parte de la Oracion, mártes por la noche.

(2) Eccli. 40.

gares, en todos los estados y en todas las edades se ve el hombre agitado del furor de sus pasiones. En las grandes concurrencias y juntas de gentes, me pongo muchas veces á considerar lo que pasará por el pensamiento de cada uno; y me parece ver que á unos atormenta la memoria de un hijo díscolo y vicioso, y de una consorte temeraria, de un amigo ingrato, de un hermano cruel, de un pleyto perdido, de un superior despótico, de un súbdito incorregible, y de un tribunal injusto: á otros veo, que los aflige el pensamiento de la infamia, ó necesidad que padecen, ó les amenaza; y de la vida llena de sinsabores y amarguras que viven. En unos veo reynar despóticamente la traicion, venganza, desesperacion, zelos indiscretos, y vanos temores: en otros la soberbia, la avaricia, la envidia, y el deseo infame de desfogar la mas indecente pasion. En unos veo ansiosos suspiros por la muerte, que dé fin á sus males: en otros desordenados deseos de alargar la vida para satisfacer á sus pasiones brutales; y un afectado olvido de la muerte, cuya memoria les anuncia el justo castigo que les espera. Al considerar estas y otras miserias que combaten el espíritu humano, volviéndome á mí mismo, me digo: si esta es la vida del príncipe y del vasallo, del superior y del súbdito, del rico y del pobre, del infeliz y del dichoso, ¿por qué has de mirar con tanto horror la muerte, que da fin á tantos males? ¿por qué no te vuelves al Altísimo, y le suplicas rendidamente que se contente con los trabajos que has padecido, y corte el hilo frágil de una vida que es mas pesada que la misma muerte? Deberé confesar ingenuamente, que aunque no me tengo ni debo tener por el hombre mas mortificado de los males de este mundo, porque por la misericordia divina gozo de suficien-